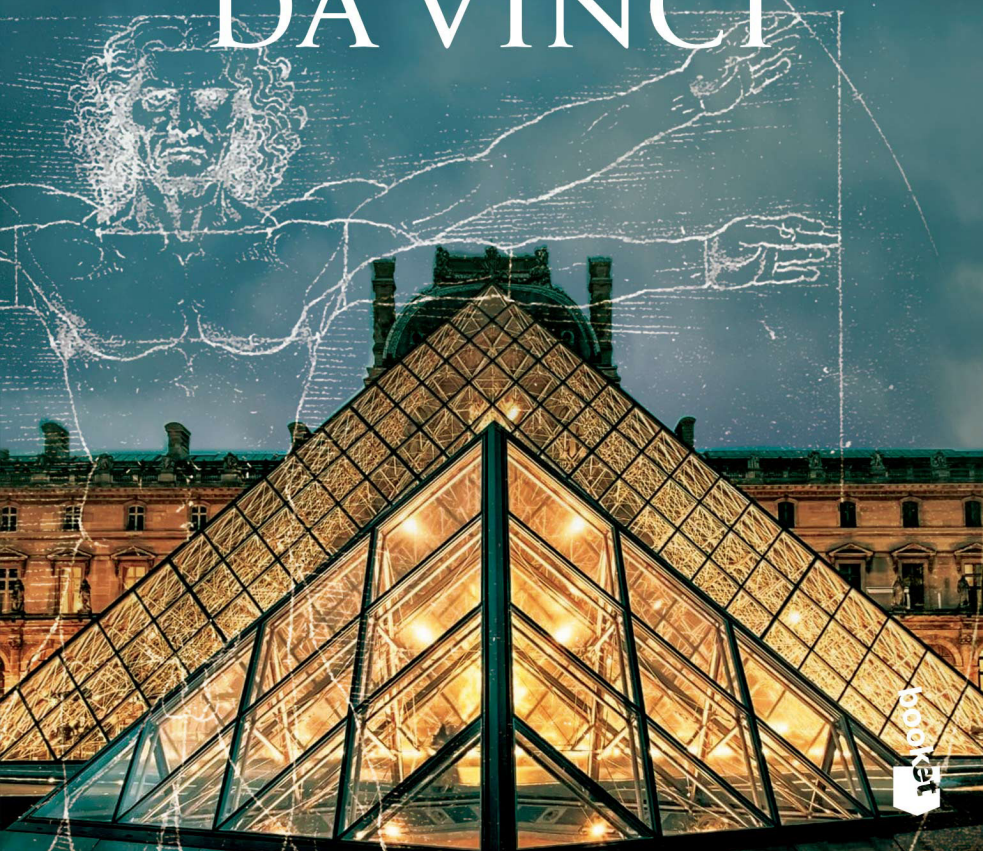


DAN BROWN

EL CÓDIGO DA VINCI



rebo

DAN BROWN

EL CÓDIGO DA VINCI

A stylized, handwritten signature of Dan Brown in black ink. The signature is fluid and cursive, with the first part being a large loop that encloses the letters 'D' and 'B'. The name 'Dan Brown' is written in a smaller, more legible script below the main loop.

Firmado digitalmente por Dan Brown

Traducción de Claudia Conde y M.^a José Díez

CAPÍTULO 1

Robert Langdon despertó con parsimonia.

En la oscuridad sonaba un teléfono, un ruido metálico, desconocido. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Al escrutar la estancia con los ojos entornados, vio una lujosa habitación renacentista con mobiliario Luis XVI, paredes con frescos pintados a mano y una colosal cama de caoba con dosel.

«¿Dónde demonios estoy?»

El albornoz de jacquard que colgaba de una de las columnas de la cama lucía un monograma: «Hotel Ritz París».

Poco a poco, la niebla comenzó a disiparse.

Langdon cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Langdon? —inquirió una voz de hombre—. Espero no haberlo despertado.

Aturdido, miró el reloj de la mesilla: eran las 0.32. Sólo había dormido una hora y estaba hecho unos zorros.

—Soy el recepcionista, señor. Le pido disculpas por la intromisión, pero tiene usted visita. E insiste en que es urgente.

Langdon aún se sentía confuso. «¿Visita?» A continuación reparó en una arrugada tarjeta que descansaba en la mesilla.

LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA DE PARÍS

tiene el honor de presentar

UNA VELADA CON ROBERT LANGDON,

PROFESOR DE SIMBOLOGÍA RELIGIOSA

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Langdon soltó un gruñido. La conferencia de esa tarde —una disertación con diapositivas sobre el simbolismo pagano oculto en las piedras de la catedral de Chartres— posiblemente hubiese molestado al público más conservador. Lo más probable era que algún experto en religión lo hubiese seguido hasta el hotel para buscar pelea.

—Lo siento —se excusó—, pero estoy muy cansado y...

—*Mais, monsieur* —insistió el recepcionista, ahora en un susurro apremiante—. Su invitado es un hombre importante.

A Langdon no le cabía la menor duda. Sus libros sobre pintura y simbología religiosas lo habían convertido, muy a su pesar, en una celebridad dentro del mundo del arte, y el año anterior su notoriedad se había visto centuplicada tras verse involucrado en un incidente en el Vaticano que había tenido una gran repercusión mediática. Desde entonces, la avalancha de historiadores prepotentes y aficionados al arte que llamaban a su puerta parecía interminable.

—Si es usted tan amable —propuso Langdon, procurando no perder la educación—, ¿le importaría anotar el nombre y el número de teléfono de ese hombre y decirle que intentaré llamarlo antes de que me vaya de París el martes? Gracias. —Colgó antes de que el otro pudiera poner objeciones.

Ahora incorporado, Langdon frunció el ceño al ver el libro que descansaba sobre la mesilla. Se trataba del *Libro de oro* del hotel, cuya cubierta alardeaba: «Duerma como un niño en la Ciudad de la Luz. Sueñe en el Ritz de París». Volvió la cabeza y miró con cansancio el espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la es-

tancia. El hombre que le devolvía la mirada era un extraño, despeinado y exhausto.

«Necesitas unas vacaciones, Robert.»

El año anterior le había pasado factura, pero no le hacía ninguna gracia ver la prueba de ello en el espejo. Esa noche sus ojos, por lo común de un azul intenso, estaban opacos y ojerosos. Una oscura barba incipiente le cubría la poderosa mandíbula y el mentón, en el que se distinguía un hoyuelo. Por las sienes avanzaban las canas, adentrándose cada vez más en su mata de grueso cabello negro. Aunque sus compañeras aseguraban que las canas no hacían sino acentuar su atractivo de ratón de biblioteca, Langdon no opinaba lo mismo.

«Si me vieran ahora los del *Boston Magazine*...»

El mes anterior, para bochorno suyo, la revista *Boston Magazine* lo había incluido en su lista de las diez personas más misteriosas de la ciudad, un dudoso honor que lo convirtió en el blanco de un sinfín de burlas por parte de sus compañeros de Harvard. Esa tarde, a casi cinco mil kilómetros de su casa, dicha distinción había resurgido para atormentarlo en la charla que había dado.

—Señoras y caballeros... —anunció la anfitriona ante la multitud que abarrotaba el pabellón Dauphine, en la Universidad Norteamericana de París—. Nuestro invitado de esta tarde no precisa de presentación. Es el autor de numerosos libros, como *La simbología de las sectas secretas*, *El arte de los illuminati* o *El lenguaje perdido de los ideogramas*. Y si les digo que escribió el Libro, con mayúscula, sobre iconografía religiosa, no lo digo por decir. Muchos de ustedes utilizan en clase sus libros de texto.

Los estudiantes que habían acudido al acto asintieron con entusiasmo.

—Esta tarde pensaba presentarlo compartiendo con ustedes su impresionante currículum, sin embargo... —lanzó una mirada traviesa a Langdon, que estaba sentado en el estrado—, uno de los asistentes acaba de pasarme un material mucho más... enigmático, por decirlo de alguna manera.

La mujer sostuvo en alto un ejemplar del *Boston Magazine*.

Langdon no sabía dónde meterse. «¿De dónde demonios lo habrá sacado?»

A continuación, la anfitriona comenzó a leer pasajes extraídos de aquel artículo inane, y Langdon sintió que se hundía más y más en su asiento. Treinta segundos después, el público sonreía, y la mujer no daba muestras de ir a detenerse.

—Y la negativa del señor Langdon a comentar públicamente el inusitado papel que desempeñó en el cónclave que se celebró el año pasado en el Vaticano sin duda hace que sume puntos en nuestro enigmatómetro. —La mujer espoleó al público asistente—. ¿Les gustaría oír más?

La multitud aplaudió.

«Que alguien la pare», rogó Langdon mientras ella volvía a meterse de lleno en el artículo.

—Aunque es posible que al profesor Langdon no se lo considere un monumento, a diferencia de algunos de nuestros galardonados más jóvenes, este intelectual cuarentón posee su buena ración de atractivo. Su subyugadora presencia se ve realzada por una voz de barítono inusitadamente grave y potente que, según sus estudiantes femeninas, es como «terciopelo en los oídos».

La sala prorrumpió en una sonora carcajada, y Langdon sonrió torpemente. Sabía lo que iba a continuación: una ridícula frase sobre «Harrison Ford con *tweed* de Harris», y dado que esa tarde había imaginado que por fin podría volver a llevar su traje de *tweed* de la isla de Harris y su jersey de cuello alto de Burberry, decidió tomar medidas.

—Gracias, Monique —intervino mientras se ponía de pie antes de tiempo y la apartaba del atril—. Es evidente que a los responsables del *Boston Magazine* se les da bien la ficción. —Se volvió hacia el público exhalando un suspiro incómodo—. Si descubro quién de ustedes ha sido el que ha facilitado el artículo, haré cuanto esté en mi mano para que el consulado lo deporté.

La multitud prorrumpió en carcajadas.

—En fin, como todos ustedes saben, estoy aquí esta tarde para hablar del poder de los símbolos...

El teléfono del hotel rasgó una vez más el silencio.

Refunfuñando, sin dar crédito, Langdon lo cogió.

—¿Sí?

Tal y como era de esperar, se trataba del recepcionista.

—Señor Langdon, le pido disculpas de nuevo. Llamo para informarlo de que su visita va de camino a su habitación. Pensé que debía avisarlo.

Ahora estaba completamente despierto.

—¿Lo ha enviado a mi habitación?

—Mis disculpas, señor, pero un hombre así... No me he atrevido a impedirselo.

—Pero ¿de quién se trata?

Sin embargo, el hombre ya había colgado.

Casi en el acto, un pesado puño descargó su fuerza en la puerta de Langdon.

Inseguro, éste se levantó de la cama, sintiendo que sus pies se hundían profundamente en la alfombra de Savonnerie. Se puso el albornoz del hotel y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Langdon? Tengo que hablar con usted. —El hombre hablaba un inglés con acento, un vozarrón áspero y autoritario—. Soy el teniente Jérôme Collet, de la Dirección General de la Policía Judicial.

Langdon vaciló. «¿La policía judicial?» La DGPIJ venía a ser el equivalente del FBI estadounidense.

Sin retirar la cadena de seguridad, abrió un tanto la puerta. El rostro que vio era delgado y pálido; el hombre al que correspondía, extraordinariamente flaco, vestía un uniforme azul que parecía oficial.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

Langdon titubeó, inseguro, mientras los amarillentos ojos del extraño lo escudriñaban.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mi jefe necesita su ayuda en un asunto privado.

—¿Ahora? —consiguió decir él—. Es más de medianoche.

—Si no me equivoco, usted tenía pensado reunirse con el conservador del Louvre esta noche. ¿Es así?

Langdon sintió una repentina desazón. Él y el venerado conservador Jacques Saunière iban a verse esa noche, después de la conferencia, para tomar una copa, pero el anciano no se había presentado.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Encontramos su nombre en su agenda.

—¿Sucedó algo?

El policía suspiró profundamente y deslizó una Polaroid por la estrecha abertura de la puerta.

Cuando Langdon vio la foto, todo su cuerpo se tensó.

—Esta fotografía fue tomada hace menos de una hora. En el Louvre.

Mientras contemplaba la extraña imagen, la repugnancia y la conmoción que sintió en un principio dieron paso a un repentino acceso de ira.

—¿Quién ha podido hacer esto?

—Esperábamos que usted pudiera ayudarnos a responder a esa pregunta, habida cuenta de sus conocimientos de simbología y de su intención de reunirse con monsieur Saunière.

Langdon clavó la vista en la instantánea, el horror ahora teñido de miedo. La imagen era truculenta y profundamente extraña, y generó en él una inquietante sensación de *déjà vu*. Hacía poco más de un año, Langdon había recibido la fotografía de un cadáver junto con una petición similar de ayuda. Veinticuatro horas más tarde había estado a punto de perder la vida en la Ciudad del Va-

ticano. La que tenía delante era una foto completamente distinta y, sin embargo, algo en ella le resultaba desconcertantemente familiar.

El teniente consultó su reloj.

—Mi jefe nos espera, señor.

Langdon apenas lo oyó, sus ojos seguían fijos en la imagen.

—Este símbolo de aquí, y el cuerpo en esa extraña...

—¿Postura? —propuso el policía.

Langdon asintió; un escalofrío le recorrió la espalda cuando alzó la cabeza.

—Soy incapaz de imaginar quién puede haber hecho algo así.

El policía se demudó.

—Me parece que no lo entiende, señor Langdon. Lo que ve en esta fotografía... —Hizo una pausa—. Se lo hizo el propio monsieur Saunière.

CAPÍTULO 2

A menos de dos kilómetros de allí, el enorme albino llamado Silas cruzó cojeando la verja de la lujosa residencia de la rue La Bruyère. El cinturón con pinchos que llevaba sujeto al muslo le hería la carne y, sin embargo, su alma cantaba satisfecha las alabanzas al Señor.

«El dolor es bueno.»

Sus ojos rojos escrutaron el vestíbulo al entrar: desierto. Subió la escalera sin hacer ruido, pues no quería despertar a los otros numerarios. La puerta de su cuarto permanecía abierta: allí estaban prohibidos los cerrojos. Entró y cerró tras de sí.

La habitación era espartana: suelo de madera, una cómoda de pino y una estera que hacía las veces de cama en un rincón. Esa semana se alojaba allí en calidad de visitante, y durante muchos años había tenido la suerte de contar con un santuario parecido en Nueva York.

«El Señor me ha dado refugio y ha dotado de sentido mi vida.»

Esa noche, por fin, Silas tenía la sensación de que había empezado a saldar su deuda. Tras ir directamente hasta la cómoda sacó el móvil, oculto en el cajón inferior, y efectuó una llamada.

—¿Sí? —repuso una voz de hombre.

—Maestro, ya he vuelto.

—Habla —exigió la voz, a la que parecía agradar tener noticias tuyas.

—Los cuatro están fuera de juego, los tres senescales... y el gran maestro.

Se produjo un momento de silencio, como si el otro orase.

—En tal caso imagino que tienes la información.

—Los cuatro me dijeron lo mismo. Cada uno por su lado.

—Y ¿los creíste?

—Lo que me revelaron era demasiado importante como para que se tratase de una mera coincidencia.

Se oyó una respiración agitada al otro lado del teléfono.

—Excelente. Temía que la fama de hermetismo de la hermandad se impusiera.

—Enfrentarse a la muerte es un gran acicate.

—Bien, discípulo, dime, pues, lo que debo saber.

Silas era consciente de que la información que había recabado de sus víctimas conmocionaría a su maestro.

—Maestro, los cuatro confirmaron la existencia de la *clef de voûte*..., la legendaria clave de bóveda.

Oyó que su interlocutor contenía la respiración al otro lado del aparato y notó su entusiasmo.

—La clave. Justo como sospechábamos.

Según la leyenda, la hermandad había creado un mapa de piedra —una *clef de voûte*, o clave de bóveda—, una dovela que desvelaba el paradero definitivo del mayor secreto de la hermandad, una información tan poderosa que la mera existencia de dicho grupo tenía por finalidad su protección.

—Cuando tengamos la clave, sólo estaremos a un paso —aseguró el Maestro.

—Estamos más cerca de lo que cree. La clave se encuentra aquí, en París.

—¿En París? Increíble. Casi parece demasiado sencillo.

Silas relató lo acaecido hacía unas horas, cómo sus cuatro víctimas, poco antes de morir, habían intentado comprar desesperadamente su pecaminosa vida utilizando el secreto como moneda

de cambio. Todos ellos le habían dicho exactamente lo mismo: que la clave se hallaba a buen recaudo en una de las antiguas iglesias de París, en la iglesia de Saint-Sulpice.

—¡En la casa del Señor! —exclamó el Maestro—. Qué manera de burlarse de nosotros.

—Como llevan siglos haciendo.

El Maestro enmudeció, como para asimilar el triunfo del momento, y al cabo dijo:

—Has prestado un servicio inestimable a Dios. Llevamos siglos esperando esto. Ahora tienes que traerme esa piedra. Inmediatamente. Esta noche. Ya sabes lo que hay en juego.

Obviamente Silas sabía lo mucho que había en juego; sin embargo, lo que el Maestro le pedía parecía imposible.

—Pero esa iglesia es un lugar inexpugnable. Sobre todo de noche. ¿Cómo voy a entrar?

Con la seguridad del que se sabe influyente, el Maestro explicó lo que había que hacer.

Cuando colgó, el albino sintió un hormigueo en la piel.

«Una hora», se dijo, agradecido porque el Maestro le hubiese dado tiempo para hacer la necesaria penitencia antes de entrar en la casa de Dios. «Debo purgar mi alma de los pecados de hoy.» El propósito de los pecados que había cometido ese día había sido sagrado. Durante siglos se habían librado acciones de guerra contra los enemigos del Señor; el perdón estaba asegurado.

Aun así, Silas sabía que la absolución exigía sacrificio.

Tras bajar las persianas, se despojó de la ropa y se arrodilló en medio del cuarto. A continuación bajó la vista y examinó el cilicio que llevaba al muslo. Todos los verdaderos seguidores de *Camino* utilizaban dicho cinturón: una correa de cuero sembrada de puntiagudos pinchos metálicos que laceraban la carne para no olvidar nunca el sufrimiento de Cristo. El dolor que

ocasionaba, asimismo, servía para refrenar las pasiones de la carne.

Aunque ese día ya lo había llevado más de las dos horas de rigor, sabía que ése no era un día como los demás. Así pues, cogió la hebilla y apretó un poco más la correa, haciendo una mueca de sufrimiento cuando los pinchos se le clavaron más aún en la carne. Tras expulsar el aire despacio, saboreó el ritual purificador del dolor.

«El dolor es bueno», musitó, repitiendo el sagrado mantra del padre José María Escrivá, maestro de maestros. Aunque Escrivá había muerto en 1975, sus sabias palabras perduraban, susurradas aún por miles de fieles seguidores en todo el mundo cuando se postraban de rodillas y llevaban a cabo la sagrada práctica conocida como «mortificación corporal».

Después Silas centró la atención en una cuerda con nudos que descansaba en el suelo, a su lado, debidamente enrollada. «Las disciplinas.» Los nudos estaban recubiertos de sangre coagulada. Ansioso por experimentar los purificadores efectos de su propia agonía, pronunció una oración deprisa y corriendo y, a continuación, tras agarrar un extremo del flagelo, cerró los ojos y se golpeó con fuerza la espalda, sintiendo el azote de los nudos. Luego repitió la operación, hiriendo su carne una y otra vez.

«Castigo corpus meum.»

Finalmente notó que la sangre empezaba a manar.

CAPÍTULO 3

El vivificante aire de abril entraba por la ventanilla bajada del Citroën ZX mientras circulaba a toda velocidad junto al teatro de la Ópera y cruzaba la place Vendôme en dirección sur. En el asiento del acompañante, Robert Langdon veía desfilas la ciudad ante sus ojos y trataba de aclararse las ideas. La ducha rápida y el afeitado lo habían dejado con un aspecto bastante presentable, pero no habían conseguido aliviar su nerviosismo. No lograba deshacerse de la estremecedora imagen del cuerpo del conservador.

«Jacques Saunière ha muerto.»

Langdon no pudo evitar experimentar una profunda sensación de pérdida con la muerte del anciano. A pesar de la fama de solitario de Saunière, su reconocida dedicación a las artes lo convertía fácilmente en una figura digna de veneración. Sus escritos sobre los códigos secretos ocultos en las obras de Poussin y Teniers eran algunos de los libros de texto preferidos de Langdon. La de esa noche era una cita muy esperada por éste, y se llevó una gran decepción cuando el conservador no se presentó.

La imagen de su cuerpo volvió a asaltarlo. «¿Que Jacques Saunière se hizo eso?» Volvió la cabeza y miró por la ventanilla para expulsar la imagen.

Al otro lado, la ciudad comenzaba a aflojar el ritmo: vendedores ambulantes que empujaban carritos de almendras garrapiña-

das, camareros que sacaban bolsas de basura a la acera, una pareja de amantes noctámbulos que se abrazaban para no quedarse fríos con la brisa perfumada de jazmín. El Citroën sorteaba el caos con autoridad, la disonante sirena bitonal hendiendo el tráfico como si de un cuchillo se tratara.

—Al capitán le agradó saber que aún seguía usted en París —comentó el policía, hablando por vez primera desde que habían salido del hotel—. Una feliz coincidencia.

Langdon se sentía de todo menos feliz, y no acababa de fiarse de las coincidencias. Tras pasarse la vida estudiando la interrelación oculta de símbolos e ideologías dispares, para él el mundo era como una red de historias y acontecimientos estrechamente unidos. «Puede que las relaciones sean invisibles —solía decir en sus clases de simbología de Harvard—, pero siempre están ahí, escondidas bajo la superficie.»

—Supongo que la Universidad Norteamericana de París les informó de mi paradero, ¿no? —quiso saber.

El conductor negó con la cabeza.

—La Interpol.

«La Interpol —pensó él—. Claro.» Había olvidado que la petición, aparentemente inofensiva, de todos los hoteles europeos de presentar el pasaporte al registrarse era más que una curiosa formalidad: era un requisito legal. En una noche cualquiera, en cualquier lugar de Europa, los funcionarios de la Interpol podían determinar con precisión dónde dormía cualquier persona. Dar con él en el Ritz probablemente no debía de haberles llevado más de cinco segundos.

Mientras el coche aceleraba hacia el sur por la ciudad, divisó la silueta de la torre Eiffel iluminada, erguida hacia el cielo a la derecha, a lo lejos. Al verla Langdon pensó en Vittoria, y recordó la animada promesa que se habían hecho un año antes de reunirse cada seis meses en un lugar romántico del mundo. Supuso que la torre Eiffel habría formado parte de esa lista. Por desgracia, la últi-

ma vez que había besado a Vittoria había sido hacía más de un año, en un ruidoso aeropuerto de Roma.

—¿Ha subido? —le preguntó el policía, volviendo el rostro hacia él.

Langdon levantó la cabeza, convencido de que no lo había entendido bien.

—¿Cómo dice?

—Es preciosa, ¿no? —El hombre señaló la torre por la ventanilla—. ¿Ha subido?

Langdon revolió los ojos.

—No, no he subido a la torre.

—Es el símbolo de Francia. A mí me parece perfecta.

Él asintió con aire distraído. Los expertos en simbología solían observar que un país como Francia —famoso por su machismo, sus donjuanes y sus líderes bajitos e inseguros, como Napoleón y Pipino *el Breve*— no podría haber elegido un emblema nacional mejor que un falo de trescientos metros de altura.

Cuando llegaron al cruce de la rue de Rivoli el semáforo estaba en rojo, pero el Citroën no se detuvo. El policía enfiló la vía y se internó a toda velocidad en una zona arbolada de la rue Castiglione, que hacía las veces de entrada norte a los famosos jardines de las Tullerías, la versión parisina de Central Park. La mayor parte de los turistas pensaba que los jardins des Tuileries debían su nombre a los miles de tulípanes que florecían allí, pero en realidad la palabra «tuileries» era una referencia literal a algo mucho menos romántico: en su día, el parque había sido una enorme mina contaminada de la que los contratistas parisinos extraían el barro para fabricar las célebres tejas rojas de la ciudad, o *tuiles*.

Al entrar en los desiertos jardines, el oficial introdujo la mano bajo el salpicadero y apagó la atronadora sirena. Langdon suspiró aliviado, saboreando la repentina calma. Fuera, el haz blanquecino de los faros halógenos barría la gravilla del sendero, el áspero ronroneo de las ruedas entonaba un ritmo hipnótico. Para Langdon

las Tullerías siempre habían sido un lugar sagrado. Ésos eran los jardines en los que Claude Monet había experimentado con la forma y el color, dando vida literalmente al movimiento impresionista. Sin embargo, esa noche, allí se respiraba un aire extraño cargado de presagios.

El coche viró bruscamente a la izquierda, dirigiéndose al oeste por la avenida principal del parque. Tras rodear un estanque circular, el conductor atajó por un paseo desolado y salió a un amplio espacio cuadrado. Langdon vio el final de los jardines, señalado por un enorme arco de piedra: el arc du Carrousel.

Pese a los rituales orgiásticos que se celebraban antaño en ese arco, los aficionados al arte veneraban el lugar por una razón muy distinta: desde la explanada que se abría donde finalizaban las Tullerías podían verse cuatro de los más importantes museos de arte del mundo..., uno en cada punto cardinal.

Por la ventanilla derecha, en dirección sur, y al otro lado del Sena y del Quai Voltaire, Langdon reparó en la teatral iluminación de la fachada de la antigua estación de ferrocarril, ahora el reverenciado Musée d'Orsay. A la izquierda distinguió la parte superior del modernísimo Centro Pompidou, que albergaba el Museo Nacional de Arte Moderno. A sus espaldas, hacia el oeste, Langdon sabía que el antiguo obelisco de Ramsés descollaba sobre los árboles, señalando el Musée du Jeu de Paume.

Sin embargo, en línea recta, hacia el este y al otro lado del arco, vio el monolítico palacio renacentista que se había convertido en el museo de arte más famoso del mundo.

El museo del Louvre.

Langdon experimentó una familiar sensación de asombro cuando sus ojos efectuaron la inútil intentona de abarcar todo el edificio. Al otro lado de una plaza tremendamente extensa, la imponente fachada del Louvre se recortaba como una ciudadela contra el cielo de París. Con forma de inmensa herradura, el Louvre era la construcción más alargada de Europa: tres veces más que la

torre Eiffel medido de extremo a extremo. Ni siquiera los casi cien mil metros cuadrados de la plaza que se abría entre las alas del museo podía desafiar la majestuosidad de la ingente fachada. En una ocasión, Langdon había recorrido el perímetro entero, una increíble caminata de casi cinco kilómetros.

Pese a que se calculaba que se tardaría unas cinco semanas en admirar debidamente las 65.300 obras de arte que albergaba el edificio, la mayoría de los turistas optaba por una visita reducida a la que Langdon denominaba «el Louvre *light*», una carrera por el museo para ver sus tres piezas más afamadas: la *Mona Lisa*, la *Venus de Milo* y la *victoria alada de Samotracia*. En una ocasión, el humorista estadounidense Art Buchwald se había jactado de haber visto las tres obras maestras en cinco minutos y cincuenta y seis segundos.

El conductor cogió la radio y dijo en un francés atropellado:

—*Monsieur Langdon est arrivé. Deux minutes.*

Por toda respuesta obtuvo un crepitar indescifrable.

El policía guardó el aparato y se volvió hacia su acompañante.

—Se reunirá con el capitán en la entrada principal.

Acto seguido, haciendo caso omiso de las señales que prohibían circular por la plaza, aceleró y se subió a la acera. La entrada principal del Louvre ahora quedaba visible, se alzaba con osadía a lo lejos, rodeada de siete fuentes triangulares de las que brotaban surtidores iluminados.

«*La pyramide.*»

La nueva entrada había cobrado casi tanta fama como el propio museo. La vanguardista y polémica pirámide de cristal diseñada por I.M. Pei, arquitecto estadounidense oriundo de China, seguía siendo objeto de mofa por parte de los tradicionalistas, en cuya opinión el añadido envilecía la solemnidad del patio renacentista. Goethe había descrito la arquitectura como «música congelada», y los críticos de Pei definían la pirámide como «el chirrido de unas uñas arañando una pizarra». No obstante, cada vez eran

más quienes alababan la pirámide transparente de más de veinte metros de Pei por fusionar de manera deslumbrante una estructura de la Antigüedad con un método de construcción moderno —una unión simbólica entre lo viejo y lo nuevo—, y contribuir así a que el Louvre entrase en el nuevo milenio.

—¿Le gusta nuestra pirámide? —quiso saber el teniente.

Langdon frunció el ceño: por lo visto, a los franceses parecía encantarles formular esa pregunta a los estadounidenses. Era una pregunta trampa, naturalmente. Si uno admitía que le gustaba, se convertía en un norteamericano sin gusto; si le disgustaba, ofendía a los franceses.

—Mitterrand fue un hombre audaz —replicó, escurriendo el bulto.

Decían que el que había sido presidente de Francia, el mismo que mandó construir la pirámide, adolecía de un complejo de faraón. Único responsable de inundar París de obeliscos, obras de arte y artefactos egipcios, François Mitterrand sentía una pasión tan abrasadora por la cultura egipcia que los franceses aún seguían llamándolo *la Esfinge*.

—¿Cuál es el nombre del capitán? —preguntó Langdon para cambiar de tema.

—Bezu Fache —respondió el policía mientras se aproximaba a la entrada principal de la pirámide—. Lo apodamos *le Taureau*.

Langdon lo miró y se preguntó si a todos los franceses se les darían esos curiosos sobrenombres animales.

—¿Llaman «toro» a su capitán?

El hombre enarcó las cejas.

—Su francés es mejor de lo que dice, monsieur Langdon.

«Mi francés es un asco —pensó él—, pero la iconografía zodiacal se me da bastante bien.» Tauro era el toro, y la astrología siempre estaba presente en la simbología del mundo entero.

El teniente detuvo el vehículo y señaló una gran puerta en un lateral de la pirámide, entre dos fuentes.

—Ésa es la entrada. Buena suerte, monsieur.

—¿Usted no viene?

—Tengo orden de dejarlo aquí. Debo ocuparme de otros asuntos.

Langdon profirió un suspiro y se bajó del coche. «Si usted lo dice...»

El policía arrancó y se alejó a toda velocidad.

Allí plantado, a solas, mientras observaba los faros traseros perdiéndose en la distancia, se dio cuenta de que podía reconsiderar la situación, salir del patio, coger un taxi y volver a la cama. Sin embargo, algo le dijo que probablemente fuera una pésima idea.

Conforme avanzaba hacia la bruma de las fuentes, lo asaltó la inquietante sensación de estar cruzando un umbral imaginario que lo separaba de otro mundo. Volvía a rodearlo el halo onírico de esa noche. Hacía veinte minutos dormía en la habitación de su hotel, y ahora se hallaba delante de una pirámide transparente construida por la Esfinge, esperando a un policía al que apodaban *el Toro*.

«Estoy atrapado en un cuadro de Salvador Dalí», pensó.

Se dirigió a la entrada, una enorme puerta giratoria. Al otro lado, el vestíbulo estaba tenuemente iluminado y desierto.

«¿Será necesario que llame?»

Langdon se preguntó si alguno de los célebres egiptólogos de Harvard habría llamado alguna vez a la puerta de una pirámide esperando obtener respuesta. Levantó la mano dispuesto a golpear el cristal, pero de la oscuridad surgió una figura que subía a buen paso por la sinuosa escalera. Era un hombre fornido y moreno, casi Neandertal, enfundado en un traje oscuro cruzado que parecía quedarle pequeño en la ancha espalda. Avanzaba con una autoridad inconfundible, las piernas fuertes y cortas, e iba hablando por el móvil. Nada más llegar arriba, puso fin a la llamada y le indicó a Langdon que entrase.

—Soy Bezu Fache —se presentó mientras Langdon empujaba

la puerta—. Capitán de la Dirección General de la Policía Judicial.
—El tono le hacía justicia, un retumbo gutural, como una tormenta inminente.

Él le tendió la mano.

—Robert Langdon.

La enorme palma del policía rodeó su mano con una fuerza aplastante.

—He visto la foto —afirmó Langdon—. Su hombre me ha dicho que fue el propio Saunière quien...

—Señor Langdon —los ojos de Fache, negros como el ébano, se clavaron en él—, lo que se ve en la fotografía no es más que una pequeña parte de lo que hizo Saunière.